

Gente que se Mueve

Por T. Lynn SMITH

Catedrático y Jefe del Departamento de Sociología de la Universidad de Florida, Estados Unidos de América. Colaboración especial para el Número Jubilar de la Revista Mexicana de Sociología, vertida del inglés por Oscar Uribe Villegas.

¡GENTE que se mueve! Difícil, si no imposible, sería hallar una característica que distinga más a los habitantes de Estados Unidos de América de los miembros de otras sociedades contemporáneas que la gran movilidad de quienes residen en los cincuenta Estados y el Distrito de Columbia. La misma diferencia resaltaría, si comparásemos nuestra sociedad actual con los patrones que prevalecieron en la nuestra y en otras naciones en el pasado. Es posible que, con la única excepción de unas cuantas civilizaciones estrictamente nomádicas de días ya idos, el mundo nunca haya conocido una sociedad cuyos miembros se hayan movido tan general y frecuentemente como el pueblo de los Estados Unidos de América. Esta gran movilidad de nuestra población logra expresarse en cientos de formas, que varían desde el viaje diario al trabajo (pasando por las frecuentes excursiones de compras que cubran varios kilómetros de recorrido, o los prolongados paseos semanales realizados con propósitos de entretenimiento y recreo) hasta las migraciones entre las áreas rurales y urbanas, los movimientos de una a otra ciudad, y los cambios de residencia de un Estado o región a otros. Más aún, con cada década que pasa se produce un incremento substancial en el grado en que se mueven nuestras gentes dentro de comunidades en que algunos de nosotros vivimos y trabajamos; entre comunidades en las que muchos de nosotros dormimos y aquellas otras en las que trabajamos; entre ciudades en las que un gran número de nosotros hemos residido y aquellas a las que nos hemos cambiado o hemos sido transferidos; entre regiones que algunos de nosotros habitamos durante los meses veraniegos y aquellas en las que pasamos los inviernos, y en-

tre aquellas secciones de un país en que muchos de nosotros residimos en alguna ocasión y aquellas otras en las que hemos establecido nuestras nuevas residencias. Al discutir hoy este tema, deseamos enfocar nuestra atención en los aspectos siguientes de la temática general: 1. El viaje al trabajo; 2. La asistencia a convenciones y los viajes de vacaciones; 3. La inestabilidad residencial en que no queda implicada la migración, y 4. Las migraciones de varios tipos (como la de ciudad-a-ciudad, la rur-urbana, los traslados estacionales de una parte de la nación a otra, la migración de hacienda a hacienda, y, especialmente, los movimientos de los trabajadores agrícolas migratorios, así como —en cuanto tienen especial interés para mí— las migraciones de los miembros de la población de edad avanzada).

Por supuesto, reconocemos que las categorías enumeradas anteriormente no son mutuamente excluyentes: la migración rur-urbana, por ejemplo, puede implicar simultáneamente movimientos inter-estatales; pero, es tal la naturaleza de los datos, que la búsqueda encaminada a lograr su conocimiento se ha facilitado gracias al análisis de la información que se ha podido obtener, y ésta se ha utilizado con independencia del hecho de si podían observarse o no las sutilezas de la subdivisión lógica. Asimismo, resulta esencial que indiquemos que a muchas formas de inestabilidad residencial y a otras varias formas importantes de movilidad —tales como el viaje diario al trabajo— no se las clasifica, generalmente, con los movimientos migratorios, y a éstas debe considerárseles como componentes principales de esa “gente que se mueve”

El viaje al trabajo

Para millones de personas (siempre en aumento), en Estados Unidos de América, el tiempo y el esfuerzo que se requieren para alejarse del sitio en que duermen, llegar a aquel en que trabajan, y regresar de éste a aquél (todo dentro de un periodo de 24 horas), se encuentran entre los rasgos principales de la vida. La movilidad de este tipo ocupa una porción considerable del tiempo que no tienen ocupado ya dichas personas (bien en el trabajo o bien en el sueño), y el esfuerzo que se consume en esta forma constituye una parte considerable del total. La gente que se desplaza diariamente hacia y desde los sitios de trabajo figura, del modo más prominente posible, en las cercanías de nuestras ciudades metropolitanas principales; pero, los millones de automóviles que se usan primariamente para tales propósitos se distribuyen a través de todo Estados Unidos de América.

Desafortunadamente, nuestros datos referentes al viaje para ir al tra-

bajo —así como su estudio científico— dejan mucho que desear. Unos y otro deben mejorarse considerablemente antes de que podamos llegar a entender por completo incluso los rasgos más gruesos de este importante tipo de movilidad. Así, por ejemplo, los materiales que han sido recogidos por el censo de población y que se relacionan directamente con este tema se han obtenido como respuestas a dos preguntas de la cédula censal: una de ellas, correspondió al sitio de trabajo, y se tomó como base para dividir a los trabajadores en categorías; para diferenciar a quienes trabajaban en el condado en el que residían de quienes no lo hacían; la otra, identificaba los medios de transporte empleados para ir y venir a y del trabajo. En áreas como la metropolitana de Nueva York, tales materiales sirven: 1. Para mostrar la tremenda magnitud del movimiento diario, entre los condados, dentro de la gran ciudad, y 2. La proporción de los trabajadores de los condados situados en la periferia que están empleados en condados (claro que, en su mayoría, dentro de la ciudad) distintos de aquellos en los que tienen sus domicilios. Pero, en la mayoría de las secciones de la nación, una clasificación tan cruda es poco lo que nos permite llegar a saber acerca del viaje al trabajo. Sin embargo, en cuanto indicativos de la magnitud a este aspecto particular de la “gente en movimiento” en Estados Unidos de América, es interesante notar cuáles son unos cuantos de los datos específicos. De este modo, en los condados neoyorquinos incluidos en la comunidad metropolitana de Nueva York, en 1960, fueron las siguientes las proporciones de trabajadores empleados en condados diferentes de aquellos en los que residían: de Queens, 61 por ciento; de Bronx, 60; de Nassau, 45; de Richmond, 45; de Kings, 43; de West Chester, 32. Tomados sólo estos seis condados en su conjunto, los mismos dan cuenta de más de uno o de un millón y medio de gentes que cruzaban por lo menos una línea intercondal en sus viajes cotidianos a y del trabajo. Más aún, la impresión que se tiene gracias a una observación casual, en el sentido de que gran número de trabajadores de condados adyacentes de Nueva Jersey participan diariamente en el movimiento que lleva hacia Nueva York y de ella hacia afuera queda respaldado por datos comparables de los condados de ese Estado. Así, los datos censales recientes indican que el 47 por ciento de los trabajadores del condado de Bergen, en Nueva Jersey, trabaja en un condado que es diferente de aquél en el que están domiciliados y que en los condados de Union, Passiac y Hudson, los porcentajes comparables son 37, 31 y 31, respectivamente.

Ejemplos notables de gran número de personas que se desplazan dia-

riamente entre el sitio en el que duermen en un condado y aquel en que trabajan en otro, no deben confinarse, con todo, al área metropolitana de Nueva York. Incluso en el corto tiempo de que disponemos hoy, debe de llamarse la atención sobre casos tan notables como los siguientes, en los cuales son considerables los números y altas, las proporciones de los trabajadores que están empleados fuera de los condados en que viven: el condado de Arlington, en Virginia, adyacente a Washington, D. C., 63 por ciento; los condados de Príncipe Jorge y Montgomery, en Maryland (ambos adyacentes a Washington, D. C.), 62 y 54 por ciento, respectivamente; el condado Du Page, Illinois, dentro del área metropolitana de Chicago, 58 por ciento; condado de Waukesha, Wisconsin, frontera del condado de Milwaukee, 45 por ciento; condado de Johnson, Kansas (que está incluido entre el área metropolitana de la ciudad de Kansas), 64 por ciento; Jefferson Parish, Louisiana (que queda cerca de Nueva Orleans), 46 por ciento, y el condado de San Mateo, California (adyacente a San Francisco), 44 por ciento.

Más aún, podemos mencionar que, para la nación en cuanto un todo, en 1960, el 14 por ciento de todos los trabajadores estaba empleado en un condado distinto de aquel en que estaba domiciliado y que las dos terceras partes (o el 64 por ciento) usaba automóvil para ir al trabajo y regresar de él.

Convenciones y viajes de vacaciones

Una componente no despreciable del complejo que hace que la población de Estados Unidos de América sea "gente que se mueve" es el grado en el que somos "galgos convencionistas" Y, asimismo, la generalidad con que los habitantes de este país hacen viajes considerables conectados con sus vacaciones anuales tiene consecuencias que no carecen de importancia en la pintura total de nuestra movilidad. Antes de que alguien pueda sentirse alarmado por las posibles implicaciones de este conjunto de afirmaciones mías, me apresuro a asegurarle que no me propongo demostrar estas proposiciones mediante la presentación de una gran masa de datos estadísticos. Quiero recordar, sin embargo, que convenciones tan interesantes como aquella a la que asistí en la playa de Miami y que me dio ocasión para estas consideraciones, se realizan durante todo el año y en todas las secciones del país. Como miembro de una facultad universitaria, yo mismo participo, anualmente, en entre seis y ocho reuniones —más bien amplias— a las que viene gente de todas partes de Estados Unidos, y generalmente la sede que usa nuestro grupo es compartida por convenciones que reúnen a gente de

negocios de secciones de nuestro país ampliamente separadas entre sí. Una porción (que no es pequeña) del total enorme de pasajeros de avión y tren procede de tales actividades. Esto para no mencionar los cientos de miles de personas que hacen uso de automóviles con el fin de ir a los centros en los que se reúnen esas convenciones.

En forma parecida, las vacaciones anuales que disfrutaban proporciones considerables de nuestras familias, contribuyen enormemente para hacer que seamos un pueblo en movimiento. Esto resulta evidente para todos los que tratan de encontrar un sitio en el que pasar unos cuantos días en cualquiera de los parques nacionales o estatales, o incluso un motel para pasar una noche (especialmente si no se hace un esfuerzo para conseguir este último antes de las cinco de la tarde). Esto también resulta evidente para todos aquellos de nosotros que se aventuran por las carreteras principales que cruzan la nación de uno a otro extremo. Me parece que, según las estimaciones, el Estado de Florida, por sí solo, recibe —anualmente— visitas de entre 12 y 15 millones de personas y que este flujo es apenas una de las varias corrientes turísticas que contribuyen con mucho a hacer que seamos un pueblo altamente móvil.

Inestabilidad residencial que no implica migración

Otro aspecto importante de la movilidad de las gentes en Estados Unidos de América es el del alto grado en el que familias que permanecen dentro de una comunidad se mueven de una a otra casa. Algunos materiales sobre este importante tópico se reúnen en nuestros censos decenales y, aunque el resumen que dará los datos de 1960 para la nación en su totalidad no se ha publicado todavía, gracias a la cooperación del doctor Conrad Taeubner, Director Auxiliar de la Oficina del Censo, estoy en posibilidad de proporcionar los resultados principales de la más reciente de nuestras enumeraciones. Dicho en forma breve: puede señalarse que el 1º de abril de 1960, sólo un 50.7 por ciento de la población de cinco o más años residía en la misma casa en la que vivía cinco años antes. Casi la mitad de la gente se había trasladado a una residencia distinta entre 1955 y 1960. Quienes habían cambiado de residencia incluían, por supuesto, a todos los que habían migrado; pero, 47 461 137 personas (o sea un 30.3 por ciento del total) había cambiado simplemente de residencia dentro de los condados en que vivían en 1955. Además, otra tabulación indica que 25.4 por ciento de la población total se había desplazado a los sitios que ocupaba el 1º de abril de 1960, en ese mismo año o en 1949; 10.5 por ciento del total ocupaba las habitaciones

en la que fue censado, desde 1958, y un 8.2 por ciento adicional se había mudado ahí en 1957. Para el caso, apenas si necesitamos decir nada para mostrar que un muy alto grado de inestabilidad residencial (incluso de parte de quienes no cruzan límites condales) es un aspecto importante de esa "gente que se mueve" a que nos hemos referido.

Esta inestabilidad residencial varía en intensidad de un grupo a otro y de un Estado a otro dentro de la nación. La gente del campo, por ejemplo, es mucho menos probable que cambie de residencia que quienes viven en las ciudades, poblados y aldeas; la población blanca es ligeramente menos móvil en este aspecto que la que no lo es, y el grado de inestabilidad residencial varía ampliamente de uno a otro Estado. Para ilustrar estas variaciones, puede indicarse que las proporciones de la población que no cambió de residencia entre 1955 y 1960 varió de altos porcentajes en Pennsylvania (61 por ciento) y Massachusetts (58); Nueva York y North Dakota a bajos porcentajes, (de 33 por ciento), en Nevada, (35 por ciento) en Arizona y en Florida (37 por ciento).

Las migraciones

Hasta aquí, nos hemos ocupado de algunas de las cosas (distintas de las migraciones en cuanto tales) que contribuyen en mucho a hacer que la población de Estados Unidos de América se considere como "gente en movimiento". Ha llegado el momento de mencionar brevemente unas cuantas de las grandes migraciones que constituyen bajas corrientes constantes en este país, y que incrementan tanto la movilidad de nuestra gente. Sin embargo, antes de avanzar en este tópico, es esencial indicar: 1. Que los demógrafos, en Estados Unidos de América —por razones más prácticas que de otro tipo— han llegado a designar generalmente como "migración" cualquier cambio de residencia que implica el cruce de una línea condal, y 2. Que los datos sobre migración se encuentran entre los menos adecuados de los que corresponden a cualquiera de las ramas de estudio de la población. Lo poco que conocemos este tema es el resultado de un penoso análisis de la información fragmentaria de que se dispone, realizado por un corto número de sociólogos, economistas y geógrafos que se han interesado en él.

Los materiales preliminares del censo de 1960 en Estados Unidos de América, (proporcionados tan amablemente por el doctor Taeubner) indican que durante un periodo de cinco años, anterior a nuestra enumeración más reciente, casi 30 millones de personas (o 18 por ciento de nuestra población de cinco años o más) eran migrantes (en el sentido técnico en que se usa ese término por los demógrafos) en cuanto que

se habían desplazado de un Estado a otro después del 1º de abril de 1955, y otros dos millones (o sea un 1.3 por ciento) habían venido de fuera durante el periodo de cinco años a que nos referimos. Los otros 13.6 millones de migrantes se habían trasladado meramente a través de las líneas intercondales, dentro de sus respectivos Estados de residencia, en los años comprendidos entre 1955 y 1960. Estos datos indican que el nuestro es, ciertamente, un pueblo altamente migratorio, generalización que podrá apoyarse más completamente cuando lleguen a estar en disponibilidad, para su estudio y análisis, otros datos esenciales de la enumeración de 1960 (datos como los relativos a estado de nacimiento en clasificación cruzada con los que se refieran al Estado de residencia).

Uno de los rasgos más interesantes de tales migraciones internas en Estados Unidos de América es la tremenda diferencia entre los Estados en lo que se refiere a este aspecto de la movilidad de la población. Así, si se enfoca la atención en los movimientos interestatales, por ejemplo, se encuentra en un extremo, a Estados como Nevada, Arizona y Florida, en los cuales un 32, un 28 y un 27 por ciento de sus habitantes de 1960 se habían desplazado al Estado después del 1º de abril de 1955; proporciones casi igualmente altas (23 y 20 por ciento) de las poblaciones de Nuevo México y de Wyoming también se componían de tales migrantes recién llegados. En donde una de cada tres personas o incluso una de cada cinco ha estado en un Estado por menos de cinco años, pocos podrán discutir la afirmación de que la nuestra es una población en movimiento. Sin embargo, hay regiones importantes y populosas del país en las cuales las tasas correspondientes apenas si alcanzan a "una de cada 25 personas" Tal es la situación en Nueva York y Pennsylvania, en donde sólo el 4 por ciento de los residentes de 1960 se habían desplazado a esos Estados durante los cinco años que precedieron al más reciente de nuestros censos. En este respecto, estos dos grandes Estados "del Atlántico Medio" rivalizaban muy de cerca con Michigan y Virginia Occidental, para los que los porcentajes correspondientes son 5.0 y 5.7 por ciento, respectivamente, y con Wisconsin (5.8 por ciento), Massachusetts (6.1 por ciento) y Iowa (6.2 por ciento) en el orden mencionado.

Es factible que, mediante el uso de un considerable ingenio, los estudiosos de la población en Estados Unidos de América usen los materiales recolectados en el censo de 1960 para contribuir más aún a la explicación de algunos de los tipos principales de migración interna de Estados Unidos de América, tales como el movimiento de una ciudad a otra, el traslado entre las áreas rurales y urbanas, y los intercambios

de población interestatales e interregionales. Sin embargo, para los propósitos de este momento, los comentarios que haré acerca de unas cuantas corrientes importantes de migración interna deben basarse en estudios ya completos. Con todo, en cualquier intento serio para tratar el tema general de la gente en movimiento en Estados Unidos de América, debe hacerse algún comentario acerca de varios de los tipos más importantes de migración interna.

Migración de ciudad a ciudad

Indudablemente, ahora que somos y hemos sido durante décadas un pueblo predominantemente urbano (57 por ciento en 1940, 64 por ciento y 69.9 por ciento en 1960), la migración de nuestro pueblo de una ciudad a otra se ha convertido en la variedad principal de las migraciones internas en Estados Unidos de América. Este movimiento interciudadino de las gentes merece en la actualidad una atención comparable a la que se le dió al empuje que hizo retroceder la frontera durante el período en que se constituyó la nación (en los años de hacia 1900), y a la migración rur-urbana (entre 1890 y 1950). Por tanto, está resultando extraño el que el primer estudio comprensivo de este importante tema esté aún por aparecer, y que sigan faltando —muy notablemente— las investigaciones de cualquier aspecto del tópico general. Sin embargo, podemos estar seguros de que ésta es una componente primaria de esa “gente que se mueve” en Estados Unidos de América.

Como profesor universitario sé, por ejemplo, que quienes consagran su vida a responder a una vocación académica, de modo casi inevitable, se ven envueltos en migraciones de un sitio o de un centro de enseñanza a otro. Y, la mera observación casual indica que en otras ocupaciones y profesiones, el progreso, e incluso la posesión del empleo mismo, pueden resultar contingentes, en relación con movimientos frecuentes de una a otra ciudad. Hay campos de especialización que requieren tal traslado residencial entre ciudades ampliamente separadas entre sí, y pocos lo requieren tanto como el de quienes trabajan con acero estructural, por ejemplo. Pero, he notado que muchos de mis amigos que ocupan posiciones ejecutivas en las principales compañías petroleras, o que están ocupados en muchas ramas de los negocios y el comercio, así como quienes están empleados en varias compañías de transporte, se ven obligados a moverse de una ciudad a otra con considerable frecuencia. Esto es mucho más aparente en el caso de quienes están empleados en las actividades de construcción, e incluso en el de quienes trabajan en algunos de los

establecimientos de servicio. Y es muy poco probable que sean únicas mis propias observaciones y generalizaciones provisionales. Las formas en que se encuentran organizados los negocios, la industria, la educación y otras actividades, así como la manera en que operan, producen un volumen muy considerable de migración de una a otra ciudad.

La migración rur-urbana

Ahora que en Estados Unidos de América viven en centros urbanos tres de cada cuatro personas (70 por ciento clasificado como urbano en 1960, más un 5 por ciento por lo menos clasificado como rural-no agrícola, que en realidad pertenece a la categoría urbana), muchos de nosotros nos sentimos tentados a pasar por alto la importancia del movimiento de las haciendas a los poblados y a las ciudades, así como el que se produce en sentido inverso. Tendemos a hacer de lado este aspecto importante de la “gente que se mueve” en nuestro país, considerando que o tiene pocas o no tiene ninguna consecuencia. Claro que hay que admitir que la migración de las gentes de las áreas rurales a las urbanas desempeña un papel mucho menos importante en nuestra sociedad, en la segunda mitad del siglo veinte, que la que tuvo en el periodo de 1880 a 1950. Durante estos setenta años —fuera de cualquier posibilidad de disputa— la afluencia de la población de la tierra a los poblados y ciudades fue uno de los hechos principales de la existencia nacional. Combinada con una fuerte inmigración del exterior, hasta 1914, este tipo particular de migración interna permitió el crecimiento asombroso de nuestros centros urbanos y la construcción de nuestras grandes plantas industriales. En esta conexión, no debemos pasar por alto el hecho de que, a pesar de las altas tasas de incremento natural de la población en los distritos rurales y las muy bajas de las áreas urbanas, entre 1890 y 1930, la población agrícola de Estados Unidos de América permaneció constante (en un nivel aproximado de unos 30 millones), en tanto que la población urbana sufrió algo más que una triplicación (de 22 a 69 millones). Fue responsable de esto, por supuesto, la tremenda migración de gente de las haciendas a los centros urbanos. Más aún, después de 1930, la población agrícola decreció realmente en forma rápida, de tal modo que actualmente es probable que no llegue a un total de más de 15 millones (sólo 13 445 000 clasificada como rural-agrícola en 1960), en tanto que la población urbana se ha elevado a más de 125 millones hacia 1960. Antes de la segunda guerra mundial, el movimiento de gente de las haciendas a la ciudad no fue únicamente el factor responsable de

los patrones diferenciales de crecimiento de las poblaciones rural y urbana, sino que, en realidad, fue la componente principal en el crecimiento de los centros urbanos. A través del largo periodo de nuestra historia que va de 1880 en adelante, quizás no sea riesgoso estimar que uno de cada dos niños eran nacidos y criados aproximadamente por la época en que llegaban a los umbrales de la edad adulta.

Desde el punto de vista de los de las haciendas, esta afluencia importante de gentes hacia las ciudades continúa. Probablemente por lo menos una de cada dos personas nacidas y criadas en los distritos agrícolas se desplace a las áreas urbanas después de haber alcanzado la edad de 17 y antes de llegar a la de 30 y, colectivamente, llegue a alcanzarse en esto un promedio de un millón por año. Desde el ángulo de lo citadino, hay que considerar que, por supuesto, el impacto de la migración es, comparativamente, superficial, en la misma forma en que lo es el movimiento anual, de aproximadamente medio millón de personas, que migran en sentido contrario. Con todo, el intercambio rur-urbano de la población sigue siendo un factor importante dentro del alto grado de movilidad de la población de Estados Unidos de América.

Desplazamientos estacionales de una a otra región

Un aspecto altamente interesante de la movilidad de la población de Estados Unidos de América —que aparentemente aumenta en forma rápida y que abarca a muchas personas, parejas o familias— es la tendencia consistente en la propensión a pasar la mitad más cálida del año en áreas como las cercanas a los Grandes Lagos, y los meses más fríos en Florida, en Texas y en otras partes del Sur de Estados Unidos. Sabemos que esta tendencia está asociada muy de cerca con el crecimiento y desarrollo de la móvil industria doméstica; pero, hasta donde yo sé, aún espera la primera investigación o estudio comprensivo. Unos cuantos estudios pequeños (resultados incidentales de investigaciones referentes a otros problemas) y la observación general casual indican, con todo, que se trata de un fenómeno de importancia considerable y creciente. Así, por ejemplo, no se puede realizar ningún estudio substantivo, sociológico o económico de ciudades como Saint Petersburg, Lakeland, Sarasota o Bradenton, en Florida, sin descubrir rápidamente que el flujo y reflujó de “residentes invernales” es el factor principal en el ritmo anual de las actividades comunitarias. Un estudio específico de las poblaciones de los “campos de remolques” (que incluya datos sobre su composición, periodo de permanencia, rutas de viaje, tiempo y lugar de

reunión, etcétera), proporciona evidencias aún más concluyentes sobre la magnitud e importancia de los desplazamientos anuales realizados por un número considerable de personas de una a otra zona climática. Incluso con el conocimiento fragmentario que tenemos del tema, es evidente que los traslados interregionales de población de carácter estacional constituyen un aspecto importante del fenómeno de la "gente en movimiento" de Estados Unidos de América.

Migración de hacienda a hacienda

El movimiento anual de familias agrícolas de una hacienda a otra ha sido, por mucho tiempo, una corriente migratoria de una importancia que no puede considerarse pequeña en Estados Unidos de América, particularmente en las secciones de plantación de los Estados sureños. El desplazamiento de cosecheros de una plantación a otra hacia el primero de enero de cada año ha sido un rasgo principal en el ritmo anual de las actividades sociales y económicas. La mayor parte de la migración de una a otra hacienda ha sido, por supuesto, un mero rondar dentro del área local, pero sus efectos negativos en las actividades escolares, eclesiásticas, mercantiles y en los servicios de salubridad, etcétera, no ha disminuido por este hecho. El volumen de este movimiento y sus efectos paralizantes sobre la sociedad han sido particularmente agudos en todas las secciones del país en las cuales los agricultores de clase media que operan y trabajan sus haciendas como propietarios o como copropietarios no llegan a constituir el grueso de la población agrícola. Esto vale tanto como decir que la movilidad de la población agrícola, en gran parte del Sur, en California y en muchos otros Estados occidentales, y en áreas consagradas a una agricultura en gran escala en cualquier otro lugar de la nación, ha constituido un rasgo importante (que no es particularmente favorable) de la "gente que se mueve" en Estados Unidos de América.

El aspecto más favorable de todo este sector consiste, por supuesto, en los movimientos en que se encuentran incluidos los trabajadores agrícolas migratorios. Tales trabajadores probablemente sean más de un millón, y quizás lleguen al millón y medio. Más aún, su papel, en conexión con la tuberculosis y otras enfermedades transmisibles, es desproporcionada en relación con su número. Ciertamente son ellos quienes constituyen lo que más se aproxima en Estados Unidos de América a un grupo de parias.

Migraciones de gente de edad avanzada

Quizás no haya nada que dramatice tan bien el grado en el que la población de Estados Unidos de América se ha convertido en un "pueblo en movimiento" que los hechos descubiertos recientemente, con respecto a la migraciones de las gentes de edad. Antes de 1940, la proposición general de que "los viejos no se mueven" se consideraba, de un modo general, como una perogrullada demográfica, e incluso en 1951, en la primera reunión anual de la Conferencia Sureña sobre Gerontología, reunida en la Universidad de Florida, se desarrolló una discusión sobre el tema entre el doctor Warren S. Thomson (por entonces director de la Fundación Scripps para el Estudio de la Población, y uno de los máximos demógrafos que el mundo haya producido) y quien esto escribe.¹ El primero sostenía que la regla general se seguía aplicando, y el último afirmó que las personas de edad, en forma substancial y creciente, estaban transfiriendo sus residencias a otras secciones del país, tales como los Estados de California, Arizona, Florida, Louisiana y Texas.

Desde 1951, la publicación de los resultados de los censos de 1950 y de 1960 nos ha permitido estimar, probablemente con un grado considerable de confiabilidad, el grado hasta el cual la población de personas de cierta edad, de Estados Unidos de América, ha migrado de un Estado a otro, durante la cuarta, la quinta y la sexta décadas. Quien esto escribe considera, al menos, que los resultados son muy interesantes. De este modo, las estimaciones muestran que, en 1940, aproximadamente unas 165 000 personas de 65 o más años residían en un Estado distinto de aquel en el que habían vivido en 1930. Para 1950, las cifras comparables de migración interestatal de los de edad, desde 1940, fue de 297 000, y para 1960, la estimación del número de quienes se consideraban como de edad para propósitos estadísticos, residentes en Estados diferentes de aquel en el que se les localizaba en 1950, se había elevado a 547 700. Sobre una base relativa, la proporción de todos los de 65 o más años en la época del censo que habían cambiado su Estado de residencia durante la década precedente se elevó de 1.8 por ciento en 1940 a 2.4 por ciento en 1950, y a 3.3 por ciento en 1960.

En la mayoría de las secciones del país, las ganancias en unos casos (o, en otros, las pérdidas) por migración de los de edad, son, con mucho, cifras que pueden considerarse insignificantes. Pero éste no es

¹ Cf. T. Lynn Smith, Editor: *Problems of America's Aging Population*. University of Florida Press, Gainesville, pp. 1-34.

el caso —definitivamente— en Florida y en otros Estados como California, Texas, Arizona y Colorado, si hemos de mencionar aquellos que se encuentran en el extremo receptivo, o en Nueva York, Illinois, Massachusetts y Michigan si se ha de señalar a aquellos que envían los contingentes más considerables a otros Estados. Son de lo más espectacular —por supuesto— los desarrollos que han tenido lugar en Florida. En 1940, el número de personas de 65 o más años se había inflado, en unas 33 000, como resultado del movimiento de personas de otras secciones del país hacia el Estado, durante la cuarta década. Esto equivalía al 25 por ciento de la población de edad en el Estado, en la época del censo de 1940. Durante la década siguiente, el número correspondiente se duplicó; de modo que, hacia 1950, el 28 por ciento de todos los floridanos de edad se había desplazado a este Estado durante la década recién transcurrida. Sin embargo, conforme puede verse por los acontecimientos, la migración de gentes en o próximas a la edad de retiro apenas si había principiado hacia 1950. Durante los diez años anteriores al censo de 1960, no fueron menos de 249 000 las personas clasificadas como de 65 o más años en ese censo que se había desplazado de otros Estados al de Florida. Esta cifra es mayor que la de toda la población de edad en el Estado (237 474) en 1950 y alcanzaba a un 45 por ciento de la población de edad en el Estado en 1960.

El grado en el que aquellos que estaban en o cerca de las edades de retiro en otros Estados ha seleccionado a Florida en forma creciente, como Estado en el que pasar los años crepusculares de sus vidas se revela también, en forma notable, por las estimaciones a que se ha hecho referencia. Así, en la década anterior al censo de 1940 sólo un 20 por ciento de los migrantes interestatales de la nación que tenían 65 o más años en la época del censo, se habían trasladado a Florida. Hacia 1950, los porcentajes correspondientes se habían elevado sólo hasta el 22 por ciento. Pero durante los diez años que terminan en 1960, el 45.5 por ciento de todos los de 65 o más años que vivían en un Estado diferente de aquel en que residían en 1950, se habían trasladado a Florida. En comparación, California recibió las siguientes proporciones de personas de esas edades participantes en migraciones interestatales en las décadas posteriores a 1930: 34.5 por ciento de los que se desplazaron entre 1930 y 1940; 43.8 por ciento de los que lo hicieron entre 1940 y 1950; 30.5 por ciento de los que se cambiaron de uno a otro entre 1950 y 1960. Durante los diez años que terminan en 1940, y también durante la década que termina en 1950, California recibió casi el doble de migrantes de edad avanzada de los recibidos por Florida.

Pero, entre 1950 y 1960, su ganancia neta de tal migración fue sólo 70 la de Florida, siendo los números respectivos 166 900 y 249 000.

En conclusión, permítaseme repetir que la población actual de Estados Unidos de América es la más móvil que se haya encontrado en cualquier gran nación, y permítaseme expresar la esperanza de que los rasgos en que hemos concentrado nuestra atención habrán agregado algo a nuestra comprensión de un gran pueblo en movimiento.